

Rompemos nuestras lanzas no contra los molinos de viento sino contra los violentos de la guerra*

JORGE HOYOS VASQUEZ S.J.**

1. El programa supone que el rector de la Universidad Javeriana debe darles un saludo, y lo da con toda el alma, el mismo Cristo Resucitado: "La paz sea con vosotros". No es una fili-grana semántica: mi saludo es en optativo y no en indicativo. Estas semanas han sido en Colombia semanas violentas, de atracos, secuestros, homicidios, paros de diverso orden, ataques guerrilleros, carros-bomba al estilo de Beirut. Menti-ríamos vilmente si dijéramos que hay paz social. Yo espero que sí la haya en su interior, en su corazón y en sus familias. Pero en el país no hay paz, y parecería que ella es una paloma esquiva y lejana. Sin embargo, nosotros nos reunimos bajo el lema "Todos podemos construir la paz".

Alrededor de nosotros en esta casa Javeriana, casa de ciencia e históricamente casa de paz, hay seguridad, no hay peligro. Siéntanse cómodos aunque esa seguridad sea artificial: los organismos del Estado nos han brindado seguridad. Varios de ustedes, han llegado con escolta, y yo mismo, en mi campus, en nuestra casa, he llegado con ella. El 31 de enero de este

* Palabras en el foro organizado por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá sobre el tema, "La Paz en Colombia".

** Sacerdote jesuita, rector de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, representante de la universidad privada colombiana ante el Instituto Colombiano para el Fomento y la Educación Superior ICFES, ensayista y educador.

año, los bárbaros profanaron con sus metralletas el santuario javeriano. Sin mentira o restricción alguna, Colombia está en guerra.

2. Por qué este Seminario “**La Paz en Colombia**” organizado por la Universidad Javeriana, la Unión de Asociaciones de Ex-Alumnos Javerianos y ASIA- Colombia (Asociación de Ex-Alumnos de la Compañía de Jesús)?

Porque todavía en Colombia existen hombres de fe y de esperanza que creen que no todo está perdido, y que vale la pena **comprometerse** para buscar caminos de paz para sus familias, sus hijos, sus hermanos colombianos, que esta tierra querida no se puede entregar a los apátridas.

Los miopes de siempre han criticado a la Compañía de Jesús por haber organizado a nivel casi nacional esta **Semana de la Paz**. Se desea que **otros** sean los culpables de que no haya paz, que el gobierno, las fuerzas militares y de policía, los Quijotes del diálogo, se desgasten, sin que nosotros simples ciudadanos, o ciudadanos importantes pongamos un grano de arena para procurar la paz. Nosotros pensamos distinto: los Quijotes que han organizado este concreto Seminario, piensan que todos somos responsables de Colombia y de su paz.

3. Para la Compañía de Jesús esta labor es de especial importancia “El amor de Cristo nos obliga, nos urge”, pensamos con San Pablo. “Dios nos confió el ministerio de la reconciliación. . . la palabra de la reconciliación” (2 Cor. 5,18-19).
- a) Los profetas, Isaías entre ellos nos dicen: “Qué hermoso es ver bajar de la montaña los pies del mensajero que anuncia la paz”. “Paz, paz! al que está lejos y al que está cerca. . . pues yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva” (Is. 57,65).
- b) El Nuevo Testamento nos da en todas sus páginas la **buena nueva**, que es palabra de reconciliación y de paz. Zacarías en su canto profetizó de su hijo el Bautista: “Y tú niño, serás llamado el Profeta del Altísimo porque irás adelante del **Señor** a preparar sus caminos. . . para enderezar nuestros pasos por el **camino de la paz**” (Lc. I. 76 y 79). Los espíritus celestes anunciaron a los pastores la buena nueva diciendo: “Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y **paz** en la tierra a los hom-

bres de buena voluntad” (Lc. II,14). Jesús, en el Sermón de la Montaña, al promulgar la paradoja cristiana —la utopía del Reino— dijo: “Bienaventurados los **hacedores de paz**, porque ellos serán llamados los hijos de Dios” (Mt. V. 9).

Toda la vida de Cristo, y su muerte, fue hacer paz, reconciliar, darnos salvación.

- c) La tradición de la Iglesia es un conjunto de reconciliación, de búsqueda de caminos de paz divina y paz terrena, que no logran oscurecer unos Papas u Obispos valentones y guerreros que en contravía del Evangelio, probaron que la Iglesia es divina y santa pero también es humana y pecadora.
4. Pero nosotros Jesuitas debemos remontarnos a nuestras raíces, o a algo específico nuestro que nos acucia a buscar la paz. Iñigo de Loyola fue “un soldado desgarrado y vano” según lo describe el padre Rivadeneira. Dios lo esperaba en el Castillo de Pamplona para que la gruesa bala de una lombarda lo convirtiera en el noble caballero de los Ejercicios Espirituales, en un **constructor de paz**. Las Letras Apostólicas de Julio III, que aprobaron definitivamente la obra de Ignacio, rezan: “Quienquiera que desee militar en esta Compañía nuestra, que deseamos señalar con el nombre de Jesús. . . y quiera servir a solo Nuestro Señor, y a su Iglesia su esposa, bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra; se ocupará. . . en la reconciliación de los que se enfrentan o están desavenidos. . . ” (*Formulae Instituti*, “Constituciones”, p. 8-9). El mismo Ignacio y sus compañeros, en especial San Francisco de Borja, y el beato Pedro Fabro, fueron insignes artífices de paz entre los hombres del siglo XVI.
5. Pero hoy en especial vivimos los Jesuitas, y los cristianos, una recia coyuntura que nos obliga a buscar la paz: Es la angustia de los que no la tienen, de los que mueren o se desangran todos los días en los hospitales, en las ciudades o en los campos. Son los Papas de los últimos tiempos que claman por la justicia y la paz.

Pío XII vivió los horrores de la II Guerra Mundial y procuró via e inútilmente la concordancia. El lema de su escudo fue: “Opus Iustitiae pax: la paz es la obra de la justicia”.

Juan XXIII escribió su Encíclica “Pacem in terris”, “Paz en la

tierra” en la que afirma en todo un contexto pacificador: “La paz ha de estar fundada sobre la verdad, construida con las normas de la justicia, vivificada e integrada por la caridad y realizada en fin con la libertad”¹.

Pablo VI enseñó continuamente caminos de paz. Valga mencionar solamente su discurso en las Naciones Unidas, y su Encíclica “*Populorum progressio*”, en la que afirma que “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”.

Juan Pablo II incansable viajero evangélico, se ha descrito a sí mismo el mensajero de la paz: “Por los caminos de Colombia que ahora comienzo a recorrer, deseo ser para vosotros el mensajero de los bienes mesiánicos de salvación, y concretamente, del don por excelencia: la paz”, nos dijo en el Parque Simón Bolívar de Bogotá, el 2 de julio de 1986.

En su discurso en 1979 a los Diplomáticos, en México, afirmó: “Vosotros sabéis muy bien que todas las sociedades humanas, nacionales o internacionales, serán juzgadas en este campo de la paz por la aportación que hayan dado al desarrollo del hombre y al respeto de sus derechos fundamentales. Si la sociedad debe garantizar, en primer lugar, el disfrute de un derecho verdadero a la existencia y a una existencia digna, no se podrá desligar en este derecho otra exigencia también fundamental y que podríamos llamar el derecho a la paz y a la seguridad.

En efecto, todo ser humano aspira a las condiciones de la paz que permitirán un desarrollo armonioso de las generaciones futuras, al abrigo del azote terrible que será siempre la guerra, al abrigo del recurso a la fuerza o de otra forma de violencia”.²

Y en Salvador, en 1983, afirmó: “Al hablar de conversión como camino hacia la paz, no abogo por una paz artificiosa que oculta los problemas e ignora los mecanismos desgastados

1. JUAN XXIII.: “*Pacem in terris*”. No. 16

2. JUAN PABLO II.: “*Mensajes sociales de S.S. Juan Pablo II en América Latina*”. Bogotá, Octubre 1986. CELAM No. 258 P. 117.

que es preciso componer. Se trata de una paz en la verdad, en la justicia, en el reconocimiento integral de los derechos de la persona humana. Es una paz para todos, de todas las edades, condiciones, grupos, procedencias, opciones políticas, nadie debe ser excluido del esfuerzo por la paz".³

En las alocuciones de su reciente viaje a Colombia, hay un verdadero tratado sobre la paz, que seguramente ya olvidamos, ocupados en contar los muertos, o en revisar los incisos de nuestras leyes, constituciones o decretos, en una esquizofrenia santanderista y leguleya: Nos dijo en su "Discurso a los Dirigentes", en la Casa de Nariño, el 1o. de julio de 1986:

"En abierto contraste con la civilización del amor, aparece con características inquietantes el espectro de la violencia que deja sentir su secuela de dolor y muerte en tantas partes del mundo. Asistimos, no sin pensar, a los reiterados ataques a la paz desde las más variadas formas de violencia, cuya expresión extrema y nefasta es el terrorismo, que tiene su raíz en factores políticos y económicos, que se agravan por la interferencia de ideologías, de poderes foráneos y, no pocas veces, por la quiebra de los valores morales fundamentales.

Para el Papa es un deber prioritario abogar por la paz ante una humanidad seriamente amenazada por el flagelo de la violencia.

"La paz es el fruto del amor: esa paz interior que el hombre cansado busca en la intimidad de su ser; esa paz que piden la humanidad, la familia humana, los pueblos, las naciones, los continentes, con la ansiosa esperanza de obtenerla en la perspectiva del paso del segundo milenio cristiano"⁴

"Habéis querido que mi visita pastoral a vosotros esté marcada por el sello de la paz: "Con la paz de Cristo por los caminos de Colombia". Sé que este tema coincide con la aspiración a la paz, anhelo arraigado en el corazón de este pueblo. Los largos y crueles años de violencia que han afectado a Colombia no han podido destruir el deseo vehemente de al-

3. Ibid, 429. P. 206.

4. JUAN PABLO II.: "Mensajes de S.S. Juan Pablo II a los colombianos", Julio 1 al 7 de 1986, SPEC 1986, p. 30.

canzar una paz justa y duradera. Sé que ha habido generosas iniciativas encaminadas a fomentar el diálogo y la concordia para conseguir una paz estable. En este sentido no puedo menos de alentáros a todos los colombianos sin excepción, a proseguir sin descanso por derroteros de paz conscientes de que ésta, sin dejar de ser tarea humana, es primordialmente un don de Dios. Reducirse pues a promover sólo proyectos limitados y humanos de paz, equivaldría a ir en pos de fracaso y desilusiones. Para llevar a cabo esta tarea inmensa de lograr la paz —que exige perdón y reconciliación—, el primer paso, que estoy seguro que daréis cada uno de vosotros, es el de desterrar de los corazones cualquier residuo de rencor y de resentimiento. Los años de violencia han producido heridas personales y sociales que es necesario restañar. La violencia que ciega tantas vidas inocentes tiene su origen en el corazón de los hombres. Por esto un corazón que reza de verdad el “Padre Nuestro” y que se convierte a Dios, rechazando el pecado, no es capaz de sembrar la muerte entre los hermanos”.

“Por desgracia, muchos hombres en el mundo contemporáneo se han dejado seducir por la tentación de la violencia armada, hasta llegar en muchas partes a los extremos insensatos del terrorismo que sólo deja tras de sí desolación y muerte. Desde esta ciudad de Bogotá hago un llamado vehemente a quienes continúan por el camino de la guerrilla, para que orienten sus energías —inspiradas acaso por ideales de justicia— hacia acciones constructivas y reconciliadoras que contribuyan verdaderamente al progreso del país. Os exhorto a poner fin a la destrucción y a la muerte de tantos inocentes en campos y ciudades”⁵, nos dijo en el Parque Simón Bolívar. Y antes de abandonar Colombia, en Barranquilla, clamó hondamente por la paz, palabra que repitió muchas veces: “En esta última etapa de mi peregrinación por los caminos de Colombia, como mensajero de la paz de Cristo, tengo el gozo de encontrarme en esta Plaza de la Paz, cuyo nombre aúna, hoy más que nunca, los anhelos de todos los colombianos. He querido ser en todas partes pregonero de la paz de Cristo, mensajero de ese Cristo que es “nuestra paz” (Ef. 2,14). Sólo El es capaz de derribar los muros de la enemistad y hacer de nosotros hombres nuevos, reconciliados con el Padre por

5. Ibid, págs. 34-35

medio de la Cruz. El ha venido a **anunciarnos la paz**: “Paz a vosotros que estábais lejos y paz a los que estaban cerca. Pues por él unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un sólo espíritu” (cf. E. 2,14-18)⁶

“Pero la palabra reconciliación tiene hoy en Colombia una resonancia conmovedora porque está transida de anhelos y de lágrimas, de temores y de inseguridad para tantos hijos de esta noble patria. ¿Cuánto deseáis, amados colombianos, que callen las armas, que se estrechen fraternalmente las manos que las empuñan, que llegue para todos esa paz querida e invocada, buscada con esfuerzo, esperada con afán. . . después de tantos años de violencia que no han dejado más que lutos de muerte y heridas dolorosas, difíciles de cicatrizar.

¿Qué sabias y proféticas fueron las palabras de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI en su visita a Colombia: “La violencia no es cristiana ni evangélica; la violencia engendra nueva violencia”! (Alocución en la misa del Día del Desarrollo, 23 de agosto de 1968).

¿Cómo lograr de inmediato la paz de los campos y de las ciudades; la paz que permita al agricultor trabajar sin zozobra, al ciudadano recorrer sin sobresaltos las calles de su ciudad, de día y de noche; a todos disfrutar de una vida tranquila y serena?

Sólo mediante una sincera, y profunda reconciliación de cada uno, con Dios y de todos entre sí; pidiendo y otorgando el perdón, renovando un compromiso de amor solidario y justo entre todos los colombianos”⁷

He insistido en el mensaje de Juan Pablo II, porque fue precisamente para nosotros los colombianos, porque es reciente y conmovedor, y porque parece que lo hemos olvidado.

“La paz, escribió Agustín de Hipona, —es la tranquilidad en el orden”: hay en Colombia orden, hay justicia. No puede en consecuencia haber tranquilidad, ni paz ni siquiera la de los cementerios. Hemos sido tercos y duros para ceder de

6. Ibid, p. 187.

7. Ibid. págs. 190-191.

nuestro egoísmo: Pablo VI y Juan Pablo II con casi 10 años de intervalo nos han llamado a cambios necesarios en nuestro corazón y en nuestra sociedad, y no lo hemos hecho. Seguimos sufriendo el flagelo de la violencia. Al comenzar su reciente visita nos dijo Juan Pablo: "En vuestra trayectoria como dirigentes os habéis esforzado en buscar los caminos, superar los obstáculos y crear las condiciones que permitan el surgir de una sociedad nueva en Colombia. En esta circunstancia vienen a mi mente las palabras de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI, pronunciadas durante su inolvidable visita a esta misma capital: "Percibid y emprended con valentía, hombres dirigentes, las innovaciones necesarias para el mundo que os rodea. . . Y no olvidéis que ciertas crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones, si las reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación" (Homilia en la misa del Día del Desarrollo, 23 de agosto de 1968)"⁸

Con todo, algunos Quijotes de la paz y amantes de Colombia, hemos escogido esta casa Javeriana y este Auditorio Félix Restrepo, S.J. para seguir rompiendo nuestras lanzas no contra los molinos de viento, sino contra los violentos de la guerra. En los siglos de la Cristiandad se estableció en las Iglesias y Abadías o Monasterios el Derecho de Asilo. En la edad Media, en los albores de la Universidad, ella fue refugio para los que pensaban lo impensable o proponían utopías sociales. Hoy nosotros nos refugiamos en esta Universidad para hablar de solidaridad, de altruismo, de fraternidad y de paz, como algo no utópico sino alcanzable. Muchos foros han precedido en estas aulas al presente Seminario. Los jóvenes no entienden por qué los mayores les entregamos un país en sangre, por qué no hemos sabido en casi medio siglo encontrar caminos de paz. Aquí estamos Directivos de la Universidad Javeriana, ex-alumnos de ella y ex-alumnos de la Compañía de Jesús para escuchar a eminentes colombianos que desde distintas orillas ideológicas han querido ser constructores de paz, y queremos aprender de ellos cómo reconstruir una Colombia nueva y pacífica. Escucharemos ante todo al ex-presidente

8. Ibid. pág. 19.

Misael Patrana Borrero, ex-alumno Bartolino y Javeriano, hombre dialogal, hacedor de paz.

El padre Félix Restrepo, S.J., hombre de paz, y restaurador de esta universidad, cuyo centenario celebramos, escribió en su famoso discurso "Dios en la Historia" de 1950: "Una Universidad, no es solamente un Instituto donde se da a la juventud ciencia y entrenamiento para practicar acertadamente una elevada profesión, es mucho más, es casa de la sabiduría, laboratorio donde se ponen a prueba las fuerzas naturales que día por día va dominando el inquieto espíritu investigador del hombre, archivo donde se guardan y confrontan las experiencias de la humanidad, torre de control desde la cual se observa el vuelo de los exploradores a las altas regiones del espíritu, atalaya para seguir los movimientos de la humanidad"⁹

Desde esta atalaya miramos a Colombia, y tomamos conciencia de la fuerza que podrían tener casi 100.000 egresados de los colegios de la Compañía de Jesús en Colombia, y de esta Universidad Javeriana, si cada uno de nosotros se sintiera hondamente cuestionado y consciente de que **nos obliga** ser mensajeros, hacedores de paz.

Bienvenidos amigos!

La paz esté con vosotros!

9. Restrepo Félix, S.J.: "Dios en la Historia", Discurso 1950, en "Astros y Rumbos", Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1957, p. 323.